

PINOCHO

AÑO V
NUM. 217

25 cts

14. ABRIL
1929



- ESTO DE TRABAJAR DOCE HORAS DIARIAS ES HORRIBLE.
- ¿DESDE CUANDO EJERCE USTED ESE EMPLEO?
- EMPIEZO EL MES QUE VIENE.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANOLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

III

El cuarto poder

ooooo

Tenía yo veinticinco años cuando llegué a París, con poco dinero en el bolsillo, pero, en compensación, con muchas esperanzas de sobresalir en algo.

En Italia, en Milán de donde soy, gozaba fama de habilísimo agente de publicidad, y, dadas las condiciones actuales de los profesionales de mi ramo, obtenía ya discretas ganancias. Pero a los veinticinco años ¿está nadie contento con su estado? Además, tenía, y aún tengo, verdadera pasión por lo desconocido, por lo imprevisto y lo arriesgado; así es como un buen día, habiendo oído hablar de París como de un El dorado para los que allí ejercían mi oficio, abandoné mi incomparable Duomo y las augustas márgenes del Naviglio por las mucho más amplias del Sena y por la torre Eiffel.

Desgraciadamente, mascullaba mal el francés y sólo de oídas conocía la jactancia exclusivista de los parisienses, de modo que, una vez practicadas las primeras e infructuosas tentativas, me encontré en la gran metrópoli como un pez fuera del agua.

Y fué un bien para mí que lo comprendiese pronto y no persistiera en un camino que en país extranjero no podía en modo alguno conducirme a la fortuna.

Estando aun en Italia, había estudiado un poco a mis colegas y penetrado en su ambiente, y los había dividido en dos categorías.

Pertenece a la primera el pequeño productor —se llama así al que busca, provoca y cierra un negocio para cederlo después a las grandes

agencias— el pequeño productor de muchas necesidades y pocos arrestos, eternamente agobiado bajo la pesadumbre de guías, anuarios, prontuarios y catálogos, que hacen de él una especie de burro de carga.

Siempre está yendo y viniendo, de la mañana a la noche, de calle en calle, de puerta en puerta, de uno en otro asunto, a caza de raros y míseros negociejitos de pocas liras, en los que se conforma con ganar cuatro ochavos, que con harta frecuencia aun le son regateados.

Los agentes de publicidad de la segunda categoría a la que me lisonjeo de haber pertenecido, frecuentan en cambio los mayores centros industriales y comerciales, están en relaciones de negocios con el gran mundo del comercio y de la industria, son estimados y apreciados por los propietarios, los gerentes, los directores de las grandes razones sociales, por todos los cuales son tratados como amigos y recibidos con gusto en los momentos en que el trabajo es menos intenso, porque esos colegas míos saben en toda ocasión hablar agradablemente, con palabra elegante y atildada, pues, conociendo todos los secretos y recursos de los maestros del habla, resultan igualmente interesantes sin ser nunca enojosos. Hablan de arte y literatura, de política y deportes, de las cotizaciones de Bolsa y de la vida mundana, pero sin olvidar jamás el motivo determinante de su visita, anunciada sin más pretexto que el de las conveniencias sociales y de un saludo amistoso; y en el momento oportuno, en cambio, saben presentar sus proposiciones en forma tal que no solamente es imposible oponerles una negativa, sino que siempre son bien acogidos.

Estos agentes visten con elegancia irreproachable, van a visitar a sus clientes en carruaje, y dadas las empresas para las que trabajan (los mejores diarios políticos y las grandes publica-

ciones internacionales), su bagaje de papeles es tan exiguo que se puede esconder íntegro en uno de los bolsillos de la americana.

Los contratos por ellos conseguidos no son muy frecuentes, pero las sumas que importan son tales que compensan con usura su escasez.

En París, para no verme obligado a pasar de ésta a la otra categoría, me faltaba sólo una cosa, pero esencial: el conocimiento perfecto del idioma. Tras de muchas y vanas insistencias, y después de haber gastado varios pares de zapatos en las aceras de todos los suburbios, logré por fin celebrar dos contratillos ridículos, por una suma misérrima, con una sastra y con un salchichero. Pensando en esto, aun hoy me sonrojo de vergüenza por la humillación sufrida al degradarme a mí mismo hasta el punto de codearme así con aquellos agentes de desecho por los que siempre había yo sentido si no verdadero desprecio, una piedad no exenta de irrisión.

Pero tales claudicaciones no llegaron a exasperarme sino cuando el director de una fábrica de grifos para el agua y el vapor, cuyo recuerdo aun hoy suscita en mi ánimo los más ruines propósitos de venganza, después de que le hube expuesto en mi francés macarrónico el objeto de mi visita, me respondió con una sonrisa en que no sé si la ironía era mayor que la compasión, y con una voz meliflua que me levantó la piel peor que un latigazo.

—*Dites donc, monsieur; ne pourriez-vous pas retourner, s'il vous plaît, lorsque vous aurez bien appris le français?*⁽¹⁾

Esta es una de las frases históricas de mi vida; histórica, digo, en cuanto marca una de aquellas convulsiones terribles a consecuencia de las cuales toma nuestra existencia una nueva orientación.

De vuelta en la posada donde tenía mi alojamiento, tiré con ira a la estufa todos los papeles relacionados con la profesión que había resuelto

abandonar, y dejándome caer en una butaca, me sentí invadido por el más envilecedor de los descorazonamientos.

Repetidas veces, en aquellos días de desilusión y de pusilanimidad, pensé en volverme a Italia; pero la idea de ser blanco de las burlas malignas de amigos y colegas que se habrían de fiar solazado con mi fracaso, habíame retenido y aún me retenía.

En aquellas horas de sombríos pensamientos comprendí cómo deben de hallarse los aspirantes al suicidio, es decir los que hasta entonces había yo juzgado o imbéciles o locos.

Tuve que cambiar mi régimen de vida.

Yo que solía sentarme ante los veladores de los cafés más frecuentados, que me servía de los coches de punto hasta para trayectos breves, que tenía una butaca abonada en el teatro y un puesto en la mesa de *baccarat* de uno de los *clubs* más elegantes, me vi forzado a buscar albergue en una pensión equívoca de los arrabales, y a tomar mis comidas, no siempre regulares y desde luego nunca abundantes, en uno de los más oscuros figones de las afueras.

Erraba todo el santo día por las calles de la inmensa ciudad, como un perro vagabundo, sin rumbo y sin compañía, en busca de una idea, de una inspiración, que me permitiera salir del mal paso, en vista de que la tan cacareada providencia parecía haberse olvidado enteramente de mí.

Uno por uno, entre tanto, los objetos preciosos que en días alegres constituyeron la comprobación más formidable de mi sólida posición, mis armas, mis numerosos trajes, conocieron la vía lacrimosa que conduce al menos grato de los lugares de peregrinación, el Monte de Piedad.

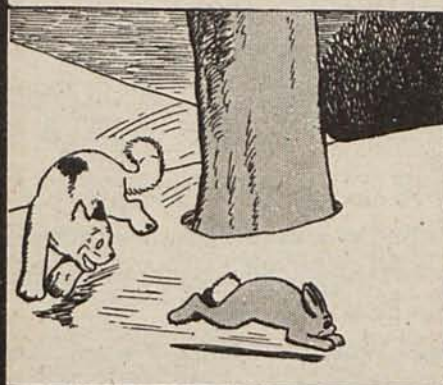
Y con terror, y dolor quizá más grande, veía mis baules vaciarse poco a poco y pensaba en la fecha en que estarían limpios definitivamente y que no me quedara otro recurso que el desesperado de vender, después del contenido también el continente.

(Continuará en el próximo número)

(1) ¿Y porqué, caballero, no procura usted volver cuando haya aprendido bien el francés?

ANITA

BUEN-CORAZON





EL HEROE DE KARTHUM

POR E. JACOB

(Continuación)

El general cayó como unabombasobre el sargento le agarró por el cuello y algo asustado por la actitud amenazadora de los negros, le entregó al piquete de guardia, diciendo:

—¡Arrestad a este traidor!

Al día siguiente de madrugada fué fusilado el sargento mayor ante el regimiento a que pertenecía.

Aquel ejemplo causó un saludable terror.

Se sabía que Gordón no era hombre que temblaba y que sabía hacer respetar la disciplina militar aun a los más altos jefes del ejército.

Dos días después se esparcía la noticia de que a las órdenes del Mahadi avanzaban hacia la capital masas enormes de fuerzas, costeando las dos orillas del rio y que los anglos egipcios preparaban una expedición para socorrer a la ciudad.

Gordón se preparó a hacer una enérgica resistencia para dar tiempo a que Lord Wolseley, comandante de la expedición anglo-egipcia llegara.

Hizo monopolizar para el ejército todos los víveres, se aseguró grano para dos meses, bizcocho para cuatro, cierta cantidad de ganado e hizo armar a todos los vapores disponibles a fin de retrasar en lo posible la marcha del Mahadi.

Esperaba que los majestuosos vapores hiciesen buen efecto sobre los salvajes que el Enviado de Dios atizaba contra el Karthoum.

Pero fué una amarga desilusión.

Unos días más tarde volvían a entrar en el puerto todas las naves más o menos averiadas a pesar de que

Gordón tuvo la precaución de protegerlas con buena artillería y reforzarlas con gruesos tablones de madera.

Los mahadihistas los acogieron con salvas de cañonazos abriéndoles los costados y desarbolando a la mayor parte de ellos.

Gordón sin embargo aun se hacía la ilusión de conservar la Capital del Sudán cuya caída haría un pésimo efecto en Egipto y reforzaría mucho el poder ya enorme del enemigo acérrimo de la cristiandad.

Sabía que el general Wolseley avanzaba a marchas forzadas al través del desierto para ayudarle a resistir.

Inglaterra se percató tarde de que enviaba a la muerte a aquel heroico general Gordón e intentaba un esfuerzo por salvarle.

El Mahadi en tanto, se preparaba para asediar a la capital, se oponía con todas sus fuerzas al avance de los anglo-egipcios multiplicando la resistencia de sus hordas.

Ya habían transcurrido tres meses durante los cuales los mahadihistas habían circundado a la ciudad ocupando las dos orillas del rio sin tener que arriesgar una batalla; tan seguros estaban de apoderarse por traición o por hambre de ella.

Entonces comenzaron a infiltrarse las primeras inquietudes en el corazón del heroico general.

Todas las noches y todas las mañanas desde lo alto de la terraza del palacio del Gobierno esparcía sus miradas por las aguas del majestuoso Nilo, esperando ver surgir las primeras naves de la expedición que venía en su socorro y no lograba ver más que los blancos ibis, esos pájaros sagrados del antiguo Egipto que revoloteaban sobre las aguas incendiadas por los dorados reflejos del atardecer o la luz plateada de la aurora.

En su alrededor se iba sembrando la desconfianza





y la cobardía. La multitud, ya fanatizada por las proclamas del Mahadi rumoreaba con amenazas y las tropas turcas no ocultaban sus simpatías por los sitiadores.

Sólo las pocas compañías egipcias y algunos oficiales ingleses permanecían fieles y velaban atentamente las puertas, para que los habitantes no aprovecharan un descuido o las tinieblas de la noche y dejaran entrar al enemigo.

Una tarde, poco antes de ponerse el sol, una noticia que reanimó a los corazones fieles se esparció por la ciudad como un rayo.

Se había visto una columna de humo que se alzaba al norte sobre la corriente del Nilo.

Gordón subió en seguida a la terraza que dominaba el bajo curso del río.

Sí, él también descubrió entre las primeras brumas un sutil penacho de humo que subía a gran altura.

—Stewart— dijo a su ayudante de campo— Dios está con nosotros: he ahí al primer buque que Lord Wolseley manda en nuestro socorro.

Mañana estará aquí la flotilla egipcia y rechazaremos hasta el desierto a las hordas del Mahadi.

El Mayor, hombre que no era muy dado a forjarse ilusiones y que quizá sabía mejor que el general que la traición les circundaba, meneó la cabeza.

—¿Dudáis?—preguntó Gordón.

—Temo, mi general. ¿Y si esta noche entrasen los del Mahadi en la ciudad?

—Que vigilen bien todas las puertas.

Id vos mismo a aseguraros.

Apenas fueron pronunciadas aquellas palabras cuando en los cuarteles que había por la parte frontera al lugar que ocupaban las tropas rebeldes, se oyeron algunas descargas sueltas.

Gordón se puso un poco pálido.

—Mayor,—dijo—. Id a informaros de qué es lo que sucede.

Yo, en tanto, haré que se reúnan aquí cuantos europeos hay en Karthoum y organizaré la defensa para poder resistir en el caso de que el enemigo lograra forzar las puertas.

Llamó a sus oficiales, dió con voz tranquila algunas órdenes recomendando salvar ante todo a las señoras europeas, y luego volvió a subir a la terraza.

Por último tomó la Biblia y empezó a leer.

Cesaron los tiros de fusil y ya las tinieblas habían envuelto a la ciudad y al Nilo, pero en lontananza se veía un rebaño o multitud amenazadora que avanzaba hacia el centro de la ciudad.

Gordón, en calma y tranquilísimo, escuchaba.

Pocos minutos habían transcurrido cuando se oyeron varios tiros aislados, después algunas descargas y por último se levantó un griterío inmenso.

Turbas de gentes aterradas pasaban en locas carreras por las calles de la ciudad, y no eran ciertamente los ciudadanos.

Allí iban mezclados soldados turcos, negros e indígenas que por correr más deprisa arrojaban sus armas.

Gordón, pálido, pero resuelto, ciñó su sable, empuñó su revólver y bajó a las habitaciones del piso bajo gritando con voz poderosa:

—¡Poned barricadas en la puerta!

Nadie le contestó. En tanto en la calle aumentaban los gritos y carreras y en su palacio reinaba un silencio profundo.

Oficiales y soldados habían huido como manada de ciervos asustados ante el anuncio de que los mahadihistas habían entrado en la ciudad, abandonando a su destino al heroico general.

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HACE UN DIA DE PERROS, CURRINCHE. YO SALDRÍA, PERO ¿Y SI SE NOS LLEVA EL VIENTO?

LLAMAMOS A UN GUARDIA



¿NO TE LO DECÍA YO? EL VIENTO NO NOS VA A DEJAR DAR UN PASO

EMPUJE USTED FUERTE. A VER SI LO ECHAMOS PARA ATRÁS



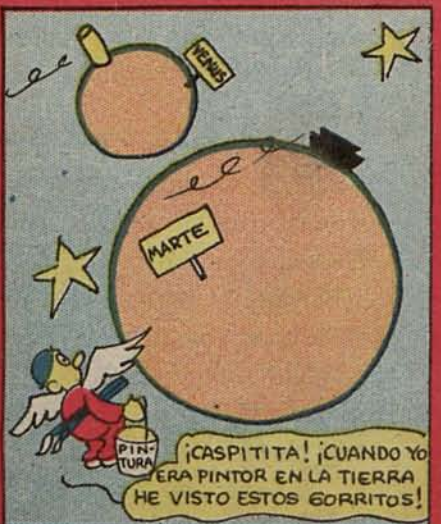
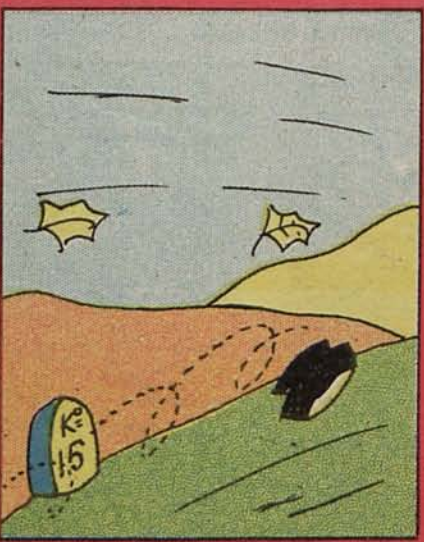
¡EH! ¡MI SOMBRERITO!

¡Y EL MIO!



¿PERO EN QUÉ ESTABA USTED PENSANDO?

ES QUE ENTRE EL SOMBRERITO, LA CAPA, LOS BIGOTES Y LA CORONILLA ME HE HECHO UN LIO QUE NO SABÍA A DONDE ACUDIR.



¡CASPI TITA! ¡CUANDO YO ERA PINTOR EN LA TIERRA HE VISTO ESTOS GORRITOS!



¡AH, SI, SI! ¡YA RECUERDO QUE LOS LLEVABAN UNTAL CURRINCHE Y UNTAL DON TURULATO!



¡JE, JE! ¡LO QUE SE VA A REIR LA LUNA CUANDO LOS VEA!



COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LOS SUSTOS DE PERICO

Casillas



Al llegar a la mocedad, perdió Perico a sus padres, y tuvo que ponerse a servir. Huía del trabajo continuo y reglamentado, y entró de guarda en una granja o casa de campo, en la que había mucha gente de labor y no poco ganado. Un día estaba Perico trabajando en la granja, y notó que suavemente abrían la puerta de la finca, y que entraba por ella un mono, que andaba casi tan derecho y bien plantado como una persona.

La sorpresa de Perico fué extraordinaria, pero aumentó de punto cuando observó que el mono se dirigía hacia él con mucha seriedad y que le hacía señas para que se acercara a la puerta.

Estimulada su curiosidad, aunque sobrecogido de miedo, se dirigió a la puerta y vió que por el camino se alejaba un animal de forma extraordinaria; parecía hombre, porque andaba en dos pies y tenía brazos, manos y piernas de forma humana; parecía gallo, porque tenía cola de plumas; y parecía perro, por la cabeza; su estatura no llegaba a un metro.

Perico supuso que aquel ente bípedo y gallo canino era quien había dejado en la granja al mono, y se lanzó en su persecución, aunque no con poco susto.

El enano, cuando vió venir a Perico, echó a correr, pero no como los demás seres conocidos, sino dando vueltas sobre sí mismo como si fuera una pelota; y así desapareció de la vista de Perico.

Entonces éste oyó una voz cavernosa que, al parecer, salía del tronco de un árbol próximo, y que le decía:

—¡Detente, Perico! El mono es un califa musulmán enemigo mío; no lo lleses al pueblo: tenlo atado para que no se escape.

Perico no comprendía lo que era un califa musulmán, y se decía: si es mono no puede ser otra cosa. Sólo entiendo bien lo último; y así se volvió a la granja, ató al mono, que se había entretenido en asustar a las gallinas, y fué a dar cuenta a su amo de los extraños sucesos del día.

—Pues mira—le dijo el amo—: coge el mono, mételo en un saco, llévalo al pueblo y entrégaselo al alcalde; porque éste, seguramente, se alegrará de poseer un animal tan domesticable y entretenido como el mono, y ¡quién sabe si le expondrá

al público como tipo perfecto de su raza, ganándose muy buenos cuartos! Y claro está, tú participarás en la ganancia, y, sobre todo, te cabe la gloria de haberle adquirido y presentado a la primera autoridad del pueblo, en el que siempre es un acontecimiento ver monos y osos por las calles luciendo sus habilidades.

A pesar de todo esto, con muy mala gana se dispuso Perico a obedecer, las órdenes de su amo: cogió al mono, lo metió en un saco, se echó éste al hombro, y se dirigió al pueblo.

Con recelo se aproximó al árbol donde antes había oído la voz del ente estafalario que le había dicho que el mono era un califa.

Perico, como no había estudiado, ni suplido los estudios

con la asidua lectura de buenos libros de historia, artes, ciencias y religión, no sabía que entre los musulmanes o mahometanos recibía el nombre de califa un emperador o un gobernador de alta importancia.

—¡Detente, Perico!—volvió a oír éste, al mismo tiempo que notó movimiento entre las ramas del árbol.

Perico, como presa de un vértigo, dejó en el suelo el saco, y ligero como una ardilla, trepó por el tronco y recorrió todas las ramas del árbol; y no fué poca su sorpresa al no ver persona alguna, ni oír más palabras del ser fantástico que ya por dos veces le había hablado, al parecer, desde aquel mismo árbol.

Pero, mientras subía y buscaba, el enano salió de un hueco del árbol, que Perico

no había visto, sacó al mono de la talega, metiendo en ésta un gato enorme, atontado para que no mayara.

Perico, amoscado y entontecido, bajó del árbol, volvió a tomar su carga, y a paso largo se dirigió al pueblo y se presentó al alcalde.

—De parte de mi amo—le dijo—entrego a usted este mono, que dicen que es un califa musulmán, que tiene muchas habilidades y hace infinidad de gracias. Es un regalo que sabrá usted apreciar y remunerar.

—¡Muchacho! ¿qué dices? ¿Tan a menos han venido los califas, que se hayan convertido en monos? Puesto que tan serio y ufano lo dices, será tal vez una realidad, de esas que narra la historia, y mucho más la novela.





Desata tú mismo el saco.

Quitada la atadura a la talega, saltó de ésta un gato gritando:

—¡Miau... miau... miau!

—¡Dios me valga!—exclamó Perico—. ¡El mono se ha convertido en gato! ¡Esto es brujería o arte del demonio! ¡Si yo mismo he metido a un mono! ¡Vamos, no comprendo tanto enredo y misterio!

El alcalde creyó que Perico era tonto, y que había sido objeto de una burla; así es que le dijo:

—Lo mejor que puedes hacer es tomar el gato y marcharte otra vez a tu granja: entrégaselo a tu amo y que os aproveche.

Perico, sin saber lo que le pasaba y sin explicarse la transformación del mono en gato, marchó de regreso a la granja separándose lo posible del célebre árbol del camino.

Pero como su cansancio era mucho y las fatigas del viaje de ida y vuelta no eran pocas, entró en un ventorrillo a tomar un refrigerio, y, mientras lo hacía, dejó el saco a la puerta.

En ese momento llegó el hombrecillo de cola de gallo y cabeza de perro, y con rapidez inaudita sacó del talego el gato, volvió a meter en él al mono, y escapó sin que nadie lo hubiera notado.

Perico cargó de nuevo con el costal y se dirigió a la granja.

—Mi amo—dijo a éste cuando se halló en su presencia—: aquí está el momo convertido en gato: el alcalde no ha querido recibirlo.

Y diciendo esto desató el talego, de donde salió el mono haciendo piruetas, castañeteando los dientes y dando brincos.

El asombro de Perico no tuvo límite; creyó volverse loco, y mucho más cuando su amo le dijo:

—Tú has debido soñar todo lo que dices que te ha pasado.



vuelve a llevarte el mono y vete por otro camino donde no haya ventas ni árboles asustadizos.

A regañadientes, Perico otra vez cargó con su costal y con el mono, y siguió un camino completamente distinto para ir al pueblo.

Pero le quedaba la última sorpresa

Al llegar a casa del alcalde y presentarse ante éste, notaron los

dos que el bulto que venía dentro del saco se agrandaba considerablemente. Perico rompió el cordel de la talega, y entonces vieron, el alcalde y él, salir del saco un hombre hecho y derecho, con ropas ampulosas, con gran turbante a la cabeza y con babuchas doradas en los pies desnudos, éste debía ser el califa enemigo del enano monstruoso.

El califa surgió del saco diciendo:

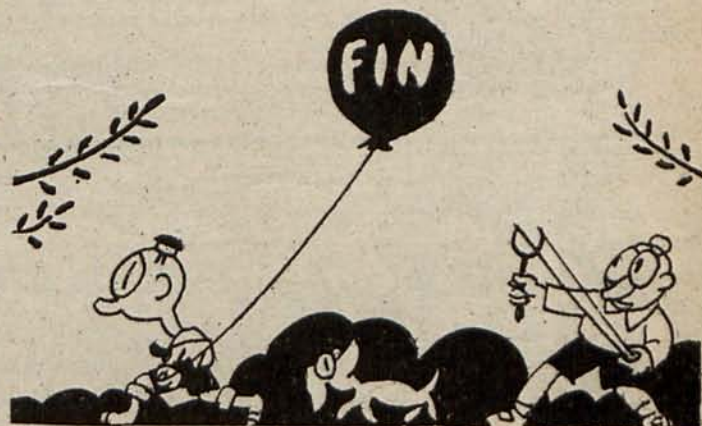
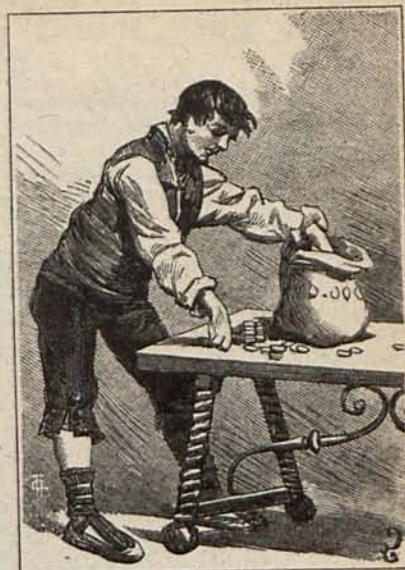
—*La Álaya ıla Álaja; Mojámado rasulo Alajl.*

¡El pobre califa no sabía hablar la lengua española!

A las preguntas del alcalde y de Perico contestó con ademanes de querer marcharse a su país, de donde el enano estafalario lo había robado para favorecer a un príncipe enemigo de Mahoma.

De improviso, sin que se supiera cómo ni por dónde, se presentó en la estancia el enano de cabeza de perro: tan pronto como lo vio el califa, se precipitó por una ventana a la calle; el enano corrió tras él dando volteretas y tumbos: la gente del pueblo, al ver aquel espectáculo tan extraño, se lanzó en persecución del califa y del enano; éstos dos llegaron al mar y se tiraron a él, y hasta ahora ¡ay! no han parecido.

Perico se curó los sustos con la compañía de un bolso de dinero que halló dentro del saco en que había transportado al califa hecho mono, o al mono hecho califa, dejando desde entonces toda clase de aventuras no fundadas en la prudencia.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?

—Buenos días, curioso Chonón.
—Regulares nada más, amigo mío. ¿No te parece que hace demasiado frío?

—Un poquito sí hace, pero más hace en Enero.
—Eso ya lo sabía yo. El que no se consuela es porque no quiere. También en el Polo Norte hace más frío.

—¿Has estado tú, acaso?
—Ni por asomos, pero como si hubiese estado. Creo que imaginarse el paisaje del Polo Norte es una cosa muy sencilla. Hielo por aquí, hielo por allá y hielo por todas partes. Todo blanco y todo en silencio. Osos, focas, morsas, pingüinos y alguna que otra ballena gigantesca sobre la superficie de las aguas no cubiertas por los hielos. Montañas blanquísimas, cielo muy gris iluminado a veces por los maravillosos destellos de una aurora boreal y de vez en cuando vientos furiosos y terribles tempestades de nieve. ¿Es así el Polo?

—Exactamente lo mismo que me lo has pintado, lo pintan en muchas novelas. Se vé a miles de leguas que no has estado en el Polo.

—¿Pero es que no es así?
—Así debe de ser. Yo no he estado tampoco, pero no se me ocurre imaginarlo de modo distinto. Sería un disparate pintar el Polo con praderas, leones, palomas y un sol espléndido. No cabe duda que hay hielo en aquel paraje, y morsas y focas y auroras boreales y montañas de hielo flotando en las aguas.

—Eso de las montañas flotantes no se me había ocurrido a mí.

—¿No has oído hablar de los icebergs?
—Muchas veces, pero si he de decirte verdad no sé lo que son. ¿Quieres que hablemos hoy de ellos?

—Me parece muy bien. En primer lugar te diré que en la palabra iceberg entran dos vocablos pertenecientes a idiomas distintos del castellano. El vocablo *ice* es inglés y quiere decir hielo, y la palabra *berg* es alemana y significa montaña.

—Entonces las dos juntas querrán decir montaña de hielo.
—Eso mismo. Montaña formada exclusivamente por el hielo, sin ningún otro elemento que no sea agua helada.

—¿Y siendo hielo puede flotar?
—Naturalmente.

—No lo comprendo y yo te diré por qué. Recuerdo que en una de nuestras charlas me dijiste que cuando un cuerpo se enfría se contrae, es decir, disminuye de tamaño y por lo tanto tiene que aumentar su densidad y hacerse más pesado en relación a su tamaño. Supongamos una pelota maciza de goma que tiene un metro de diámetro y que a fuerza de presión la hacemos disminuir de tamaño hasta que solo tenga medio metro de diámetro. Como la goma de la pelota es la misma, pesará lo mismo que antes, pero como su tamaño es menor, resultará que el peso será mayor en relación al tamaño que tenía antes.

—Te comprendo perfectamente y no necesitabas recurrir a ejemplos. Sé lo que vas a decirme. A menor tamaño e igual masa el peso relativo es mayor y por tanto el agua contraída, o sea el agua helada, como pesa más que el agua en estado natural debe de hundirse ¿no es eso?

—Sí señor. Explicame por qué el hielo no se hunde en el agua.

—Porque en la congelación del agua se efectúa el siguiente fenómeno, en el que quiero que te fijas bien para que no se

te olvide. El agua se contrae cuando su temperatura baja hasta 4 grados centígrados sobre el punto de congelación, pero a partir de este punto y siguiendo el descenso de temperatura, empieza a dilatarse, en vez de seguir contrayéndose y resulta de esto que el hielo se hace algo más ligero que el agua que le rodea; no mucha es la dilatación, pero sí la suficiente para determinar el desequilibrio de volumen necesario para flotar.

—Entonces si es tan poca la diferencia hay que suponer que esas enormes montañas de hielo de que me hablas tenderán debajo del agua más mole que encima.

—Mucha más. Puedes calcular que un iceberg que sobresalga de la superficie del agua cien metros tendrá debajo de ella ochocientos y aun más. Es decir que lo que se ve fuera es solo una octava parte del volumen total de la montaña.

—¿Y los hay de alturas visibles tan grandes?

—Ya lo creo y mucho mayores también. En el Océano Ártico se ven icebergs de varios kilómetros cuadrados de extensión y alturas de casi doscientos metros. Estas gigantescas moles heladas son trozos desprendidos del continente Ártico y una vez sueltos viajan flotando a merced de las corrientes marinas. Como sus proporciones son tan enormes es muy frecuente ver sobre ellos osos blancos y otros animales polares que, sin darse cuenta, se ven arrancados del Polo y se convierten en navegantes cautivos de los océanos.

—¿No se mueren de hambre?

—De hambre no es tan fácil porque todos los animales polares resisten mucho tiempo sin comer, pero lo peor de todo es, sobre todo para los osos, que la montaña que los sustenta va haciéndose cada vez más pequeña, a medida que la corriente la lleva hacia aguas más templadas, y lentamente va deritiéndose hasta extinguirse por completo y estos pobres animales, lejos de tierra firme en que refugiarse, mueren ahogados, cuando no víctimas de los ataques de los tiburones.

—También para los navegantes deben ofrecer peligros estos icebergs que andan sueltos por los mares.

—Como que estas montañas que van arrastradas a la deriva constituyen el terror de los navegantes. Muchas terribles catástrofes ha originado el choque inesperado de un buque con estas moles que entre las sombras de la noche surgen como fantasmas de muerte en el desierto del océano. Aun debes de recordar la tragedia del gran trasatlántico Titanic que a consecuencia del choque con un iceberg, acaecido a media noche, naufragó y perecieron centenares de personas en la catástrofe.

—Da miedo embarcarse, amigo buho.

—No se por qué. En todas partes hay peligros imprevistos. Además este peligro de los icebergs solo existe en los mares muy septentrionales pues el hielo se derrite en cuanto llega a las aguas de la zona templada.

—Sí, sí, pero ya ves lo que le sucedió al Titanic.

—Eso no quiere decir nada. Son muchísimos más, infinitamente más, los casos en que se viaja por mar sin que ocurra el menor accidente.

—Sí, sí, pero cuando ocurre se ahoga uno.

—También yo conocí a un niño que se ahogó con un hueso de melocotón y sin embargo tu no dejas de comerlos por eso ¿verdad?

—Claro que no.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Donde Pinocho sale de pesca.
R. RODRIGUEZ.



Cuadro flamenco.
F. NIETO. 10 años.



Un cowboy.
R. Rodríguez.



Un húsar.
ROMAN JUGO.



Ton.
Tomás de Ibarra.



Un pollito pera.
T. I.



Mi casita de campo.
PEPITA ALVAREZ, 7 años



Morronguis.
EUGENITA BARROSO.



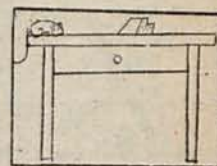
Don Turu y Chonón.
INOCENCIO GANCEDO.



Ching-Chong.
A. Sánchez.



Sancho V.
JESÚS BILBAO.



Al olor del queso.
GEORGINA MIGUEL.



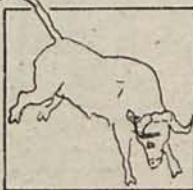
Chapete.
B. Piquero, 8 años.



Pirula.
M.ª Luisa Mena.



Don Turu
abanderado.
Santiago Rodriguez.



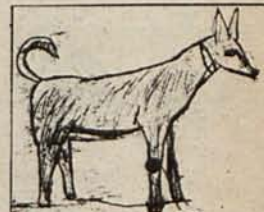
Un toro bravo.
M.ª TERESA PINEDA.



Cabeza de indio.
RAFAEL SERRA.



El Capitán de paseo.
ROMAN JUGO.



Mi perro fiel.
ANTONIO ORTIZ.



Artagnan.
Manuel A. de Sotomayor.



Una niña.
T. DE IBARRA.



Buena carretera.
LUIS VIDAL RIBAS.



Mi casa de campo.
Maria Clara Bonilla.



Barbilón Rey de los Feos

es uno de los 8 tomos publicados
en la preciosa Serie Barbilón de
Cuentos de Calleja en colores.
Precio: UNA peseta.



Un chalet.
ROBERTO REVILLA.



Jazz band.
F. ALARCÓN.



Un pollo pera.
César Duque.



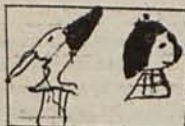
Un galgo.
JOSE GONZALEZ.



Casa de campo.
ANGEL LABORDA.



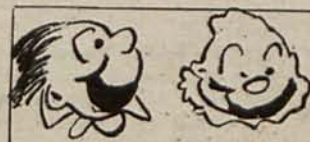
Castillo.
F. MARTIN.



Pinocho y Pirula.
LOLITA SANTIAGO.



Paisaje.
Elvira G.ª Conde.



Las Hienas.
Felsin Igea, 10 años.



Ton.
C. LÓPEZ.



Mi casa de campo
José Fernández, Panamá



Mi hermano
José Fernández,
Panamá



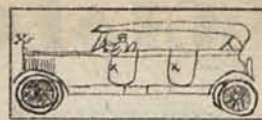
Paco Morrouguis pescando
Carlos López Bonilla



Racimo
Mercedes Lairado
Panamá



Pinocho
María Luisa Moana



Un 50 H P.—César Duque



Un paisaje
Fernando Martín



El gran perro de caza
Josefina Zubia



La pastora
M.^a Teresa Pineda



Botones
M. Enriqueta



Pinocho F. Dumas



Una cotorra
S. P., de 10 años



C. barrendero
Amalia Ufano,
13 años



Un molino
Esperanza Navarro



Sparkito
P. Giménez
10 años



León.—Paco Pino



Turulato F. Dumas



El borrio de Currínche
C. G. García



Currínche
Juan Catalina
13 años



Un chino
Pedro Lara



Antropófagos
Esperanza Osborn



Historieta
E. Debra



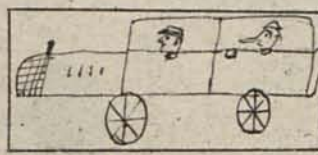
Un chico
Lolita Mendoza



Un pollo
Lolita Mendoza



Pinocho
Lolita Mendoza



Pinocho de pases.—José María Cruz



¿Quién es?
Trinidad de Pablo



¿Quién es?
T. de Pablo



¿Quién es?
T. de Pablo



¿Quién es?
T. de Pablo

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

Primer premio: Tadeo Fonvielle.

Segundo premio: Alfredo del Hoyo.

Tercer premio: Asunción Solá.

Cuarto premio: Evaristo J. Perchuca.

Quinto premio: Pepe Barrenechea.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado:

Berta Portalatín, Pío Cumbres, Juan Ortega, Aniceto Boltaña, Augusto Carrizosa, Daniel Torregrosa, Tobías Colmenero, Aurea del Pino, Lola Galdín, Pedro González-Aracil, José María Betanzos, Cosme Cansinos, Sixto Meruendano, Jerónimo del Valle, Pilar Mallén y Lola Palancar

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PI- NOCHISTA DEL MES DE AGOSTO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

CUENTOS. Primer premio: Angel G. Fernández.
Segundo premio: María G.

DIBUJOS. } Primer premio: J. Antonio Urgoitia
Segundo premio: Enrique Palasi.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado:

Merceditas Santiago, A. Cruañes, Augusto Endiño, Manolito de la Vega, Elena Simarro, Antonio Esquivias, Lucía de la Vega, Pablo Sánchez, Víctor José Gil, M. Chiqués, M.^a Amelia Negra, Mario Vázquez Figueroa, Pedro Serra, Luis Vidal Ribas, Carlitos Orlando, Enrique Alpañés, Elvira Serrano, Pilar Zapata, Joaquina Jaraquemada, Fernando Mata.

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

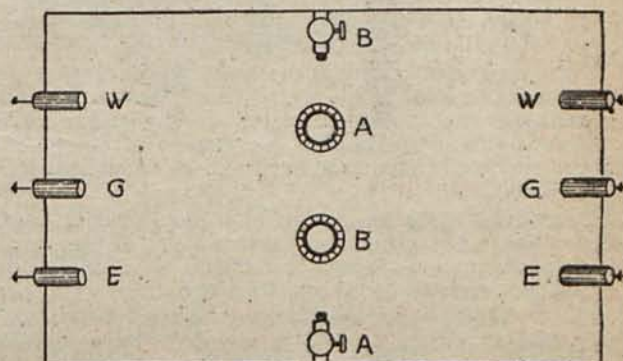
LA PALABRA MAGICA

¿A que no sabéis, precoces Pitágoras, cuantas veces se puede leer la palabra inglesa REDDER en el cuadro adjunto? Para averiguarlo, sabed que se puede leer en cualquier dirección, lo mismo al revés que al derecho, vertical que horizontalmente. Hasta incluso, dentro de una misma palabra, podéis cambiar de dirección.

Ejemplos: $\left. \begin{array}{l} R \\ E \\ D \\ D \\ E \\ R \end{array} \right\}$ $\begin{array}{l} R \\ E \\ D \\ D \\ E \\ R \end{array}$ $\begin{array}{l} R \\ E \\ D \\ D \\ E \\ R \end{array}$

Tened en cuenta que son muchas, muchísimas, las veces que se puede leer esa palabra. Mas de las que os figuráis.

Entre cada dos letras iguales hay una corriente que las une. ¿Podréis vosotros trazar estas corrientes por medio de líneas y teniendo en cuenta que ninguna corriente tropiece con otra?



SECCIÓN PIRULA



CHARLAS de PIRULA...DECORADORA.

Platos pintados.

¿Véis esa carita angelical que tiene Adelita? ¿Véis esos cabellos de oro, esos labios

de fresa, esos ojos de cielo? Cualquiera, al verla diría que en su vida ha roto un plato.

Pues se equivocaría; ha roto ya, y no uno, muchos.

Precisamente, con tener tantas cualidades y tantos encantos, el defecto principal de Adelita consiste en romper platos. Bueno, platos y vasos, tazas, ya que todo lo que le cae entre las manos... se le cae de las manos en seguida.

¿Qué medio habría para corregir a Adelita de su facilidad rompilona? Uno hay desde luego y bien fácil; y es que no coja nunca nada que sea susceptible de hacerse añicos.

Pero ese medio no me gusta; se parece al del cojo y el tartamudo. ¿No conocéis el cuento? Pues ahí va:

Un cojo y un tartamudo eran los mejores amigos del mundo, pero no por eso dejaban de hacerse rabiar uno a otro siempre que tenían ocasión.

Un día, le dice el tartamudo al cojo:

¿Qui qui quieres un buen consejo pa pa para que no se te te note la coje je jera cuando vas por la ca ca calle?

—¡Ya lo creo que quiero! —exclamó el cojo encantado.

—Pu pu pues mira, no tienes más que que que andar con un pi pi pié en la calzada y el o o otro en la acera.

Al cojo no le hizo ni pizca de gracia la ocurrencia; pero, lejos de enfadarse, dió las gracias a su compañero y le preguntó a su vez:

—Y tú ¿quieres un buen consejo para que no se te note nunca la tartamudez?

—¡Ya ya ya ya ya lo cr cr creo! —exclamó el tartajoso tartamudeando más que nunca.

—Pues es muy sencillo: no hables y nadie notará que eres tartamudo.

Algo parecido sería para Adelita el no volver a tocar un cacharro, para corregirse de romperlos. Porque lo peor no es que se rompa la vajilla (con ser esto bastante grave como os lo pueden asegurar los papás de esta pequeña «atropellaplatos») sino que ello es debido a falta de atención, a atolondramiento; no otra cosa supone el tener las «manos de trapo» como le pasa a Adelita y a otras muchas Pirulindas y a otras muchísimas personas además de las Pirulindas.

Y la prueba es que Adelita rompe más fácilmente los objetos de poco valor que los de precio.

¡Claro! como que cuando tiene entre sus manecitas (que aunque sean de trapo son, por cierto, muy lindas) un cacharro valioso se preocupa por no dejarlo caer, y porque no tropiece contra nada. Mientras que cuando el objeto es de excaso valor, no le importa ni Sevilla ni el Guadalquivir... ni el cacharro.

Y como a Adelita se le presentan naturalmente muchas más ocasiones de tener entre sus manos piezas de loza corriente que porcelanas de Sajonia o cristales de Bohemia, pues resulta que son muchos los cacharros que rompe y muy pocos los que pasan sin romperse, por sus terribles manitas.

En vista de todo esto, se me ocurre que lo mejor sería que Adela tuviera que manejar con frecuencia cacharros de valor;

de este modo quizá se habituaria a tratar a todos los demás como si fueran valiosos también.

No supongais que me voy a apresurar a sustituir la vajilla de diario de casa de Adelita por una vajilla de elevado precio.

No, no es por ahí; Pirula no puede perder tan buena ocasión de estimular las aficiones artísticas de sus lectorcitas.

Puesto que para una Pirulinda ningún objeto puede tener más valor que el que ella misma ha confeccionado o embellecido con sus propias manos, voy a aconsejar a Adela que transforme los platos de la vajilla de su casa, convirtiéndolos de sosos y vulgares en lindos y decorativos.

Y espero que no dejaréis de aprovechar la idea, si no para toda la vajilla, al menos para algún que otro plato que, después de decorado, decorará a su vez vuestro cuarto.

Claro está que no se trata de pintar ningún objeto complicado y minucioso paisaje japonés. Para empezar, os contentaréis con motivos de flores, fáciles y sencillos, ya copiados de los que os presento en esta misma plana, ya inspirados en las láminas que utilizais en el colegio, en la clase de dibujo.

Después de todo, no ha de resultaros mucho más difícil pintar sobre porcelana, que sobre una hoja de papel.

Primero, dibujáis cuidadosamente los contornos de las florecillas, sean sueltas o en ramilletes o en guirnal-das.

Luego las pintáis al óleo con tintas planas.

Cuando esté seca la pintura cubrís las partes pintadas con un barniz que puede ser el de goma laca, que fabricareis vosotras mismas fácilmente con un poco de goma laca, comprada en



cualquier droguería, y disuelta en un frasquito de alcohol.

Con un poco de paciencia y de constancia, llegaréis a hacer unas obras preciosas.

Vuestros platos decorados serán dignos de figurar encima de la mesa de vuestro cuarto a modo de joyeros.

También pueden colgarse en las paredes del cuarto y, para que además de bonitos sean útiles, nada más sencillo que convertirlos en calendarios, pegando un taco en su centro.

¡Ah! para terminar, un buen consejo: aunque estos platos pintados sean para vosotras objetos de un valor inestimable, no los dejéis en manos de Adelita...por si acaso.

